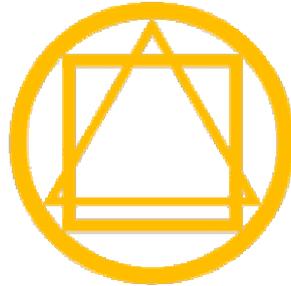


Lectorium Rosicrucianum

**CARTAS DE
ORIENTACIÓN**



Digitalización y Arreglos
BIBLIOTECA UPASIKA



Escuela Internacional de la Rosacruz
LECTORIUM ROSICRUCIANUM

ÍNDICE

Carta de Orientación No. 1

Página 3.

Carta de Orientación No. 2

Página 8.

Carta de Orientación No. 3

Página 12.

Carta de Orientación No. 4

Página 17.

Carta de Orientación No. 5

Página 22.

CARTA DE ORIENTACIÓN No. 1

¿Por qué vivimos?. ¿Tiene realmente sentido nuestra vida carcomida por el tiempo?. ¿No llevamos ya desde nuestro nacimiento el germen de la muerte en nosotros?. ¿Para qué sirve esta vida?. ¿Qué misión debemos cumplir?. ¿Debe ser realizada esta misión en un plano humanitario, social, ideológico, religioso, artístico, científico o económico?. ¿O basta con enriquecerse, adquirir una situación envidiable?. ¿O quizás es la procreación y la educación de los niños lo que constituye nuestra única vocación, contribuyendo así al mantenimiento de la especie humana?. ¿Puede limitarse a esto el verdadero sentido de la vida?.

Toda forma de vida en la tierra y todos los objetivos que en ella podamos perseguir están limitados por el tiempo. Todo está sometido a la ley del nacimiento y de la muerte; todo tiene un comienzo y un fin. La propia medicina ha constatado que, en el seno de la madre, el embrión presenta ya los signos de la vejez y de la decadencia.

Lógicamente, esto debería conducirnos a pensar que en el desarrollo de esta vida el principio de la eternidad no está presente.

¿En dónde debemos buscarlo entonces?.

Una vida es larga, otra breve; una se desarrolla en la opulencia, otra en la indigencia; una existencia se efectúa en un cuerpo lleno de salud, otra en un organismo débil y enfermo. Y sin embargo, para todos los hombres existe una única **META** que podemos alcanzar.

La Escuela Espiritual de la Rosacruz de Oro quiere explicarle cómo es posible alcanzar esta Meta. Su enseñanza se dirige a quienes no han descubierto todavía el sentido de la vida, y que, más o menos conscientemente, están inquietos o atormentados interiormente, pero a pesar de todo mantienen la esperanza de encontrar el principio de la vida original, el cual no puede ser atacado por el tiempo ni está sujeto a él.

Veamos primero cómo tratan los hombres, por todos los medios posibles e imaginables, de profundizar en el sentido de la vida, con el fin de darle un significado.

¡Cuántas ideas, cuántos intentos puestos en movimiento para encontrar una salida de esta prisión espacio-temporal!. Numerosas personas esperan la realización del ideal de sus vidas después de la muerte. No saben que con la

muerte su estado de ser se transforma y que desde ese momento ya no se dispone de la posibilidad de actuar en favor de su liberación.

Sin embargo, si un hombre se interroga con el fin de descubrir el verdadero sentido de la vida, deseando llegar a su comprensión, demuestra con ello que en él hay algo latente que no está sometido a la muerte ni al tiempo. Nuestro mundo perecedero no puede explicar, ni tampoco imaginar, este principio eterno.

Los Rosacruces denominan a este principio eterno **“LA ROSA”**, conscientes de que cada imagen del mundo resulta incompleta. Para designar a esta **“ROSA”** existen todavía otras denominaciones: chispa divina, átomo-chispa de Espíritu, átomo original, Joya en el Loto... Todos estos términos sólo son símbolos tomados de nuestro mundo limitado. No es posible encontrar en nuestra naturaleza temporal e imperfecta las palabras exactas para expresar lo eterno e inmutable.

Tomemos, por ejemplo, el símbolo de la Rosa de Oro: el paso de la flor en capullo a la Rosa Blanca, después a la Rosa Roja, para llegar por fin a la Rosa de Oro, ¿No sugiere en sí una magnífica expansión de fuerza?. ¿Existe medio mejor para representar este proceso espiritual?.

La mayoría de los hombres trata de mejorar su vida porque desconoce este proceso, y se pierde en los innumerables bienes de este mundo. Desde los objetos de consumo hasta las maravillas del arte, pasando por las bellezas de la naturaleza, todo se aúna para apartar al hombre de este principio inmortal, latente en él.

Pero esta búsqueda de los valores terrenales es ilusoria. Tarde o temprano nos veremos forzados a constatar que su resplandor es efímero y que todo lo que hemos acumulado acaba siempre por cansarnos o por desmoronarse. El que comienza a ver claramente estas realidades, se da cuenta de que de esta manera no se puede llegar a ningún resultado satisfactorio. Por lo tanto, no podemos hacer más que proseguir nuestra búsqueda.

Pero he aquí que la ciencia nos ofrece sus fascinantes incursiones en el mundo de la naturaleza, que van desde la maravilla de la flor hasta las estructuras microscópicas de los cristales y de los átomos; o bien, la mirada se evade hacia el universo infinito, cuyo majestuoso cielo estrellado ofrece un espléndido espectáculo de fascinante belleza.

Creemos encontrarnos cerca de Dios cuando ahondamos en lo infinito en busca de lo eterno. Creemos estar cerca de El cuando vagamos entre las bellezas de la naturaleza, cuando admiramos espléndidas obras de arte, cuando asistimos a un servicio religioso en una iglesia o en una catedral imponente. A

veces incluso, creemos ver a Dios. Pero éstas sólo son etapas en el camino de la vida de cada individuo, ya que si examinamos de cerca estas bellezas, debemos reconocer que son también percederas y que no pueden elucidar al **SER DIVINO**. Lo percedero no puede conducir a Dios.

La grandiosa ordenación del cosmos y las inconcebibles dimensiones del macrocosmos sugieren a los hombres cierta imagen de lo divino, como si esta grandeza inconmensurable del cosmos hiciese presentir la existencia de una potencia creadora de los mundos. No obstante, sería muy simplista creerse en contacto con Dios mediante esta contemplación del cielo estrellado.

Por otra parte, las estrellas nacen y desaparecen, sistemas galácticos enteros, de dimensiones inimaginables, nacen y se desintegran, tal como es demostrado por la astronomía. Descubrimos de repente que esta imagen cósmica irradiante de aparente tranquilidad, no es de hecho inmutable, sino que está regida, al igual que nuestro pequeño planeta, por el “devenir” y el “desaparecer”, aunque en ese caso se trata de dimensiones infinitamente más vastas.

Intentemos entonces, con miras más altas, llegar con el pensamiento y la lógica a una percepción de lo Inmutable. ¿Acaso no proclama la ciencia, como postulado fundamental, la supremacía de las leyes naturales?. Cualquiera que sea el lugar y el tiempo en el que los fenómenos aparecen, las leyes permanecen invariables. Así es como creemos tener en nuestras manos algo definitivo, y estar confrontados con lo Divino.

Sin embargo, la ciencia contemporánea ha reconocido la necesidad de corregir sin cesar sus teorías para adaptarlas a la observación cada vez más exacta de los fenómenos. Las teorías se esfuerzan por acercarse más y más a estas leyes, pero nunca lo logran completamente, pues por esta vía lo Absoluto permanecerá siempre inaccesible.

¿Y si tras haber buscado exteriormente por todas partes el principio divino, y no habiéndolo encontrado, volviésemos la mirada hacia lo recóndito de nuestro ser y empezásemos a buscar en nosotros mismos?. ¿No nos han hablado en efecto de la inmortalidad del alma?.

Penetremos entonces en nuestra vida interior y tratemos de descubrir su fin supremo. Gracias a pensamientos racionales y filosóficos podemos crear una poderosa esfera de serenidad. Podemos dejar que nuestra alma se llene de pensamientos elevados y, en este estado de serenidad de espíritu, creer haber llegado finalmente a la meta.

En las iglesias oímos decir que después de la muerte nuestro cuerpo mortal vuelve a la tierra, mientras que el alma inmortal se eleva. Según esta

concepción se admite que el alma, una vez liberada del cuerpo, sale para unirse a Dios en los planos del más allá y que su sitio está incluso preparado allí.

Se enseña además que en el más allá será juzgada nuestra alma de acuerdo con nuestro comportamiento en la tierra. Entonces, el alma se elevará y será conducida al cielo, o bien, a causa de pecados leves, será enviada al purgatorio, o bien, en caso de pecados mortales, será condenada al infierno por toda la eternidad...

¿Y Dios reside ahí?. ¿Cree usted de verdad que podemos descubrirlo en el más allá?.

La Escuela de la Rosacruz explica que esta alma perece igualmente, un tiempo después de su llegada al más allá, tras la muerte física, y que va a ser confrontada con fuerzas naturales, también percederas. Después de un tiempo no queda absolutamente nada de esta alma, ya que se disuelve completamente según cierto proceso etérico.

Por consiguiente, no es en el más allá donde hay que buscar a Dios, pues allí no es posible ninguna realización verdadera.

A la luz de todo lo que precede, surgen dos preguntas muy importantes:

¿Hay sólo un Dios?.

¿Dónde hay que buscar la eternidad?.

Algunos se desesperan y otros se resignan, porque ya no saben dónde buscar. Sin embargo, hay personas que oyen hablar de la Rosacruz, de la Escuela Espiritual Transfigurística, cuya misión es revelar el verdadero sentido de la vida, la Vida en la que no hay lugar para la muerte y en la que la decadencia no existe. La Escuela explica que no somos únicamente núcleos ínfimos de conciencia, esparcidos arbitrariamente en uno de los planetas más pequeños de nuestro sistema solar, sino que hay una razón profunda que justifica nuestra existencia, y que nuestro destino es realizar un Plan grandioso.

La complejidad de los aspectos que acabamos de evocar nos da a entender que una breve explicación es insuficiente. Sin embargo, el que busca tiene derecho a que se le den razones satisfactorias, pero deberá entender también que incluso un estudio profundo no es suficiente para llegar a este conocimiento, ¡Necesita una **AYUDA!**.

En nuestra época estamos tan estrechamente encadenados a las cosas de este mundo, que no podemos liberarnos de ellas por nuestras propias fuerzas, y aunque comprendiésemos perfectamente el gran Plan, no podríamos realizarlo solos.

La Escuela Espiritual de la Rosacruz de Oro se ha preparado para ofrecer esta **AYUDA**, y está capacitada para realizar esta tarea, a condición de que el hombre confíe en ella.

“¡Eso es fácil de decir!” - pensará usted.

No obstante, la transcendencia de dicha **AYUDA** sólo puede ser apreciada por el que sinceramente busca el sentido profundo de la vida, y que, habiendo sufrido muchas experiencias funestas y negativas, ha llegado a un punto muerto. Tal persona está en condiciones de comprender el mensaje de la Escuela.

La Escuela no propone en ningún caso experiencias que exacerban la sensibilidad, tales como las que se practican en el seno de diferentes círculos, con un fin más o menos esotérico (ocultistas, espiritistas, etc.).

El camino hacia la eternidad no puede ser abordado con medios que proceden de la naturaleza en la que vivimos. Para recorrer este Camino se necesitan poderes completamente nuevos, poderes cuyo origen no se encuentra en esta naturaleza terrestre. Todo el que busca, guarda en el fondo de sí estos poderes en forma de átomo sobrenatural, tal como se ha indicado al principio de la presente carta. Como ya dijimos, la Escuela Espiritual de la Rosacruz de Oro denomina a este átomo “**LA ROSA**”. Este poder latente debe abrirse y expandirse en el hombre, haciendo posible el regreso a la Morada del Padre.

Quisiéramos que supiera que el Camino indicado por la Escuela de la Rosacruz de Oro es muy realista, aunque a veces descubramos en él una nota mística.

Quien encuentra su felicidad en esta existencia, quien se contenta con los tesoros de este mundo y considera la belleza de esta naturaleza como lo más sublime, no podrá emprender ninguna búsqueda de los valores eternos. Un ser satisfecho en ese sentido nunca establecerá contacto con la Escuela Espiritual de la Rosacruz de Oro; entre otras cosas porque no tiene ninguna pregunta que hacer y considera esta búsqueda como algo superfluo y sin sentido.

Por el contrario, quien busca más allá de lo efímero, quien quiere abrirse a las nociones de la eternidad y elevarse por encima de este mundo limitado, encontrará en las próximas cartas indicaciones de gran valor.

Sus amigos del

LECTORIUM ROSICRUCIANUM.

CARTA DE ORIENTACIÓN No. 2

El propósito de nuestra primera carta fue esclarecer el sentido real de la vida. Al indicarle los esfuerzos de los hombres por alcanzar la felicidad, le habíamos hablado también del Camino ofrecido a la humanidad por la Escuela de la Rosacruz de Oro.

Mostrar y enseñar a los hombres este Camino es el fruto de esfuerzos que se van acumulando desde hace siglos, semejante a los eslabones de una cadena. La Luz llama sin interrupción a los hombres, con el fin de volverles conscientes del verdadero objetivo de la vida: la elevación a otro campo de vida, el regreso al Reino de la Luz, al Reino de Dios, al Mundo Original.

Cuando el hombre se vuelve consciente de su individualidad y de su soledad, trata de unirse a una comunidad con la esperanza de que ésta cambie su vida; sin embargo, este cambio permanecerá siempre en el plano horizontal.

Considere por ejemplo la historia de la humanidad. ¡Cuántas veces un pueblo ha pretendido ser el elegido para elevar a los hombres hacia una vida mejor, conduciéndoles por ejemplo a un nuevo país! ¡Cuántos hombres han pasado por la dolorosa experiencia de abandonar los lugares familiares para partir a tierras desconocidas! Y a fin de cuentas, ¿Para qué?. ¿Para tener acceso a la verdadera vida?. No, para ser avasallado siempre por este mundo y sus valores.

La Escuela de la Rosacruz de Oro le habla de una integración en un Reino **COMPLETAMENTE DIFERENTE**, en el “Reino que no es de este mundo”.

Esta expresión es muy conocida; sin embargo, la representación que cada uno se hace de ese “otro mundo” se aleja mucho de la realidad. ¿Por qué estos conceptos erróneos?.

Esto sucede porque olvidamos esta exigencia fundamental: antes de buscar ese otro mundo, el hombre debe reconocer el estado del mundo en que vive. Sin duda creemos tener una idea clara de ello, pero, ¿No estamos obligados constantemente a modificarla?. La ciencia con sus descubrimientos nos obliga a ello, y también nuestra edad, nuestra experiencia y nuestra disposición interior. Hoy tenemos cierta noción de la vida y mañana tenemos otra. Y así, vemos florecer en el mundo infinidad de ideologías. Piense en los innumerables sistemas políticos, religiosos y filosóficos. Todos están

convencidos de haber escogido el único camino bueno. Pero, ¿Puede lo Absoluto encontrarse en sistemas tan opuestos?. Sólo el concepto capaz de elevarse por encima del mundo y de sus limitaciones puede proponernos la perfección del saber que no da motivo a más discusiones ni a más controversias. Y puesto que la imperfección existe, también la perfección y lo absoluto tienen que existir.

“Mi Reino no es de este mundo”.

Ese otro mundo procede únicamente de la Idea Divina y en Ella encuentra su razón de ser. La entrada en ese Reino que todavía existe nos fue prohibida a causa de la caída a que hacen referencia todos los escritos sagrados, en la cual una parte de la humanidad original fue excluida del Orden Divino por abusar de su libre albedrío. El hombre, antaño en armonía divina, se volvió un ser zarandeado por las oposiciones: es arrojado de un extremo al otro y, queriendo hacer el bien, hace el mal. La Biblia nos lo describe como: “Adán expulsado del Paraíso”.

Después de que la humanidad adámica dio vida al mundo de los contrarios, ésta fue hundiéndose paulatinamente de caída en caída. Y si el hombre ha dejado los bosques sin árboles, ha envenenado el aire y los cursos de agua, también ha manchado los éteres puros originales con sus pensamientos y sus ansias, volviéndose así prisionero de sus propias ambiciones y de un campo de vida corrompido.

La característica esencial de este campo de vida que denominamos “la dialéctica”, o mundo de los contrarios, es que no puede albergar nada estable, pues todo comienzo conduce a un final, y todo final conduce a un nuevo comienzo. ¡Es un circuito cerrado!.

La humanidad vaga de esta forma por este mundo desde hace milenios, en un eterno “subir, brillar y descender”, del nacimiento a la muerte y de la muerte al nacimiento, sin poder liberarse de este proceso. ¿No es esto un enorme sufrimiento que se padece entre la vida y la muerte?.

Cuanto más se degradan las condiciones de nuestro campo de vida, más trata el individuo, cada vez con menos consideración, de lograr sus ambiciones personales y egocéntricas, así como de gozar de los bienes de este mundo y alcanzar una apariencia de felicidad. El miedo se ha vuelto su inseparable compañero en el camino que le conduce de la cuna a la tumba y aún más allá.

¿El miedo a qué?. El miedo a ser derrotado, en la desesperada lucha por la vida, por el fantasma de la pobreza, de la miseria, de la enfermedad y de la muerte. Pero el peor enemigo del hombre es el hombre mismo. Nada le asusta

tanto como estar solo consigo mismo ante la nada. Esta angustia destruye a más personas de lo que lo pueda hacer la adversidad y los golpes del destino.

Son muchos los que se pierden en el vértigo de los placeres, los que se entregan al alcohol o a otras drogas, y sin embargo no lo hacen generalmente por depravación, sino para ahogar la constante inquietud que les atormenta. Ignoran que son **HIJOS DE DIOS** caídos y se encuentran separados de la Vida Original.

Las grandes religiones del mundo nos enseñan que en un principio el hombre formaba una “**UNIDAD**” total con su Origen, con la Fuente de toda Vida, es decir, con lo Absoluto, con Dios. Al perder esta unión se volvió un ser doble, incapaz de vivir en este mundo separado de Dios o en su antigua Patria de Luz. Por esta razón, exclama el salmista: «El corazón del hombre estará inquieto hasta que repose en Ti, ¡Oh, Dios mío!».

La caída encendió la cólera de Dios en todo el universo de la dialéctica y oímos hablar del Dios de la cólera y del Dios que castiga. Esta imagen se impuso con el transcurso del tiempo, e hizo olvidar al único Dios verdadero: al Dios del Amor. Y muchos seres esperan ser castigados por las transgresiones que cometieron con respecto a las Leyes Divinas. Sitúan este castigo después de la muerte, en el más allá, creyendo que este lugar es el Reino de la Justicia Divina y de la Morada Eterna, pues de hecho se les ha dicho que en el más allá deberán dar cuenta de sus actos y recibir una recompensa o un castigo eternos. Sin embargo, ¿Qué es verdaderamente el más allá?

El más allá es el mundo de los muertos y no el Reino de la Luz, el Reino Original de Dios. Constituye únicamente la otra cara invisible de este mundo.

Precisemos que el hombre tiene una personalidad material y mortal, que posee varios cuerpos sutiles, y que esta personalidad ha sido entregada para una sola vida a lo que queda del Hombre Original de antes de la caída. A este Hombre Original caído se le denomina **MICROCOSMOS**, el cual es un campo de fuerzas de forma esférica que envuelve a toda la personalidad, y cuyo centro es el átomo-chispa de Espíritu.

Cuando el hombre se ha despojado aquí abajo de su envoltura material, pasa con sus otros cuerpos al más allá. Allí permanece el tiempo necesario para su disolución. Cuando dicho tiempo llega a su fin, el microcosmos adopta una nueva personalidad: se reencarna y “cae” de nuevo en la esfera material. (En una de las cartas siguientes explicaremos detalladamente lo que es la cuádruple personalidad del hombre y la disolución progresiva de sus 4 cuerpos).

Por el momento nos es suficiente constatar que el “aquí abajo” y el “más allá” son las dos caras de un mismo mundo, el nuestro, que se ha cerrado a sí mismo, separado del Reino Original.

A lo largo de todas sus peregrinaciones en el aquí abajo de este mundo, el hombre acumula muchas experiencias dolorosas, hasta que llega a tener conciencia de su verdadero estado: creía vivir, pero en realidad sólo existía en un “orden de emergencia”. Este orden se rige por la ley del tiempo y del sufrimiento de manera que, empujado por las innumerables experiencias dolorosas, el hombre pueda finalmente tomar la resolución de volver a la Morada del Padre, a su Campo de Vida Original.

Pero el hombre en su estado natural no puede encontrar por sí mismo el Camino de la Salvación. Y por ello hay seres que le ayudan, entidades procedentes del Mundo Divino, regido por la Ley única del Amor y del Servicio.

En efecto, en los momentos apropiados, se acercan mensajeros procedentes de ese Mundo Divino para traer, a los Hijos de Dios caídos, el conocimiento del “**REINO QUE NO ES DE ESTE MUNDO**”. Estos seres enseñan las condiciones que hay que satisfacer para recorrer el Camino de Regreso.

Entenderá usted ahora la importancia de la siguiente pregunta: ¿Está el hombre en disposición de recorrer este Camino y reconoce la necesidad de ello?.

Sin duda alguna, la mayor parte de la humanidad ya no lo puede comprender. Sin embargo, precisamente en nuestra época, a pesar de lo relativo de la prosperidad material - al menos en algunos países -, el número de personas con una inquietud interior va en aumento. Estos hombres buscan en diversas direcciones la realización del ideal de sus vidas.

Conforme a la eterna Ley del Amor, la **ROSACRUZ** realiza la misión de transmitir la Enseñanza Universal. Este ofrecimiento no priva de la libertad al hombre, ya que él mismo tendrá que decidir; todo se realiza bajo su entera responsabilidad.

¡Usted también se verá colocado frente a la necesidad de escoger!.

Si tiene la impresión de que algo fundamental falta en nuestro mundo; si ha descubierto en sí mismo el presentimiento de que fuera de este mundo dialéctico debe existir otro mundo, la Escuela de la **ROSACRUZ** puede guiarle en su búsqueda.

Afectuosamente

LECTORIUM ROSICRUCIANUM.

CARTA DE ORIENTACIÓN No. 3

En la carta precedente explicamos que el más allá no es el cielo tan ardientemente esperado. Junto con el “aquí abajo” forman las dos partes de este mundo dialéctico; la única diferencia es que una es visible y la otra invisible. Según esto, todos los fenómenos suprasensibles pertenecen sin lugar a dudas a este mismo mundo.

El Reino Divino Original posee una esencia completamente diferente a la del mundo dialéctico.

También hicimos alusión a la rueda de la existencia humana: de la cuna a la tumba y de la tumba a la cuna. En esta carta quisiéramos examinar más de cerca este tema.

La comprensión del ciclo de la vida humana supone el conocimiento del sistema vital del hombre: el hombre no está compuesto solamente de un cuerpo físico, sino que es un conjunto mucho más complejo, cuya estructura es comparable a la de la Tierra. Por esta razón se le llama “microcosmos”, lo que quiere decir “mundo pequeño”. Como se sabe, nuestro planeta está rodeado por varias esferas. Citemos a título de indicación: la troposfera, la estratosfera, la ionosfera, todas ellas rodeadas por el cinturón de radiaciones van Alien. El sistema vital del hombre tiene también forma de esfera y el cuerpo de carne y de sangre es sólo su parte visible. Los otros cuerpos pertenecientes a este sistema esférico se denominan cuerpos sutiles y están regidos por diversas fuerzas. Es necesario entender exactamente lo que sucede con estos cuerpos después de la muerte. Ya que aunque en el momento de la muerte abandonamos el cuerpo físico, los otros cuerpos subsisten todavía por algún tiempo. Este tema particular será desarrollado en la cuarta carta del presente curso.

Una comparación le hará entender fácilmente lo que es esta rueda del nacimiento y de la muerte. Solemos ver salir el Sol por la mañana al este; al mediodía se encuentra en el cenit, para “desaparecer” al oeste por la tarde. Sin embargo, sabemos que el Sol continúa su curso para volver a aparecer al día siguiente.

Lo mismo ocurre con la rotación de nuestra vida. Contrariamente a la opinión admitida generalmente, la vida humana no se termina con la muerte, sino que está sometida a un movimiento ininterrumpido, y sólo en ciertas

condiciones, de las que le hablaremos pronto más detalladamente, podemos darle fin.

Si estas condiciones no se llevan a cabo, la muerte aquí abajo no es liberadora, sino que significa el tránsito hacia el más allá. El día de la existencia humana es seguido por la noche, y la noche, a su vez, deja paso al día. Por consiguiente, la estancia en el más allá no es eterna. Se termina con un nuevo nacimiento en la esfera material. Más adelante (en la carta número cuatro) veremos cómo se disuelven en el más allá los diferentes cuerpos del sistema humano.

Aunque el microcosmos haya perdido estos cuerpos, conserva, no obstante, las huellas de la existencia pasada en la tierra. Conforme a estas huellas, y en cierta manera forzado por su poder, el microcosmos adopta una nueva personalidad, un nuevo vehículo, al comienzo de un nuevo ciclo de vida. Dicha personalidad experimentará un destino, determinado en parte por las experiencias adquiridas en las vidas anteriores.

¡Este proceso se efectúa inexorablemente!.

La presentación aquí dada sobre los ciclos de la existencia humana sin duda le parecerá nueva e incluso sorprendente. Sin embargo, muchas de las personas que buscan, y en particular los que han estudiado las filosofías orientales, conocen la ley de la reencarnación.

Para el hombre, la muerte es siempre un acontecimiento horroroso, un tenebroso misterio aparentemente insondable.

Todo hombre sabe que la muerte significa el fin de todos sus esfuerzos en este mundo. Es entonces comprensible que esta despiadada realidad, con la que cada ser humano, sin excepción, es confrontado, conduzca a tan pocos de entre ellos a preguntarse: “¿Cuál es la razón de la muerte?”, “¿A dónde voy después de la muerte?”.

La mayoría de los hombres tratan de ignorar este acontecimiento que, sin embargo, está unido a tantas penas y a tantos dolores. Muchos son los que tratan de acallar este final ineluctable.

En realidad no hay verdaderamente un fin, ya que el plano de la materia sutil, el más allá, el reino de los muertos, no es de ninguna manera el “Reino de Dios”, el “Reino Inmutable”, sino sólo la parte invisible de nuestra esfera. También ella está sometida al cambio continuo y a la ley del tiempo, y refleja exactamente todos los procesos que se desarrollan en nuestra esfera material, y puesto que es un reflejo del aquí abajo, la denominamos también “esfera reflectora”.

El hombre no llega al más allá como si llegase a su morada eterna. Pero entonces, ¿Qué ocurre con el hombre después de la descomposición de su cuerpo material, el cual, como sabemos, se disuelve lentamente y se vuelve polvo?. ¿Es sólo una hoja caída?.

Los cuerpos sutiles, que nuestra cuarta carta definirá, “llegan” entonces a las esferas supuestamente “celestes” o “infernales” del más allá, y allí se disuelven también después de un tiempo más o menos largo. De cada uno de estos cuerpos sólo subsiste un núcleo, un átomo, que lleva en su seno, grabado como en una memoria, la suma de las experiencias vividas, su sustancia.

La calidad intrínseca de este núcleo constituye la trama de lo que llamamos el karma. Es conservado en el interior del microcosmos del que hablábamos al principio de este resumen.

Los actos y los pensamientos de los anteriores habitantes de su microcosmos le han predispuesto hacia un determinado destino. Así se explican las diferencias entre las vidas de los hombres, consecuencia directa de la ley del karma, la ley de causa-efecto.

Cada nueva existencia terrestre comienza así en unión completa y fatal con el pasado. La rueda de la vida comienza una nueva rotación. El camino de la cuna a la tumba ha vuelto a empezar.

¿Hasta cuándo durará este proceso?.

Llegará el día en el que después de un número incalculable de vidas sucesivas, un deseo ardiente de liberación verdadera se elevará de la conciencia del hombre. Este impulso le impondrá la búsqueda del verdadero sentido de la vida. Si recibe una respuesta a su “por qué”, si se vuelve consciente de su relación con las leyes de la naturaleza, su pregunta será: “¿Cómo podemos liberarnos de esta rueda del nacimiento y de la muerte?”.

Solamente podremos liberarnos de esta rueda inexorable, cuando nos hayamos decidido firmemente a regresar a nuestra Patria Original, aceptando sin reservas las exigencias del renacimiento.

Este regreso exige la realización de un proceso: la inversión de las personalidades, es decir, un cambio total que conduce a la Transfiguración. Nadie puede sustraerse a ello si aspira a la liberación. El renacimiento de la personalidad original implica la destrucción de la personalidad nacida de esta naturaleza. Esta es la única llave capaz de abrir las puertas de la liberación y que nos ayuda a romper las cadenas que nos atan a esta naturaleza.

Es la única salida posible en nuestra época.

Por consiguiente, no basta con llevar una vida piadosa, buena o dedicada a actos humanitarios. ¡Se necesita cambiar radicalmente!. Esta

renovación indispensable no es un proceso automático, sino que exige un trabajo interior consciente, una cooperación activa, una respuesta a la **AYUDA** que se nos ofrece.

Puede suceder que el hombre cuyo corazón está espiritualmente adormecido llegue a considerar su existencia en esta tierra como una pesada carga. Sin duda conseguirá a veces aliviarla de diversas maneras, bien trabajando para el mantenimiento de la especie humana, bien dedicándose a algún ideal humanitario, político o religioso. En cuanto a la gran masa humana, ella sigue siempre el camino más fácil; vive rutinariamente, teniendo como objetivo único la satisfacción de sus instintos.

Hay hombres, sin embargo, que buscan ardientemente la verdad eterna y la realización del verdadero fin de la vida. El desarrollo banal de la existencia no les satisface. Sienten en ellos la ausencia de algo esencial. Este sentimiento, este deseo insistente procede del punto central del sistema microcósmico, de la “Rosa del Corazón”, de la “Joya en el Loto”. Ya que éste es el último vestigio del hombre divino.

No obstante, este despertar, esta toma de conciencia, esta necesidad de una verdad fundamental no conduce enseguida al buscador al camino de la Transfiguración. Muchos obstáculos le acechan. Muchas veces se encuentra atraído por comunidades confesionales o filosóficas en las que se practica una bondad forzada, un cultivo de la personalidad, con el fin - cree él - de volver a conquistar el estado divino perdido.

La decepción que de ello resulta puede conducir también al buscador a practicar el ocultismo. Con ello ya no se persigue el cultivo de la personalidad, sino su división por medio de métodos y ejercicios que extienden su conciencia hasta los planos sutiles. De esta forma, los ocultistas pueden tener una visión del más allá, estando todavía vivos, y asegurarse en él un lugar para más tarde.

Por todos estos medios se engaña al buscador y se le hace creer que se puede “llegar al cielo” y conquistar la eterna bienaventuranza sin la regeneración y sin la muerte del “yo”. Todos ellos evitan la indispensable renovación y mantienen muchas veces de una manera sutil la conciencia del yo.

Por lo tanto, no podemos acercarnos al Universo Divino Original ni con el yoga ni con ejercicios respiratorios ni con ninguna clase de cultivo de la personalidad, como tampoco por medio del humanitarismo o de una religiosidad piadosa.

“El Reino de Dios no es de este mundo”, y “la carne y la sangre no pueden heredar el Reino de Dios”.

Sólo hay un camino liberador, una única posibilidad para volver al estado Original: hacer que la antigua personalidad sea reemplazada paulatinamente por una nueva estructura, teniendo como base el último vestigio divino, la Rosa del Corazón.

El Lectorium Rosicrucianum, detrás del cual está como una fuerza propulsora la Escuela de los Misterios Crísticos de la Rosacruz, enseña el Camino del Renacimiento del Hombre Original.

Esta Transfiguración exige la construcción de una personalidad completamente nueva. La Enseñanza Universal nunca ha cesado de incitar a todos los que buscan de manera verdaderamente consciente a que la realicen.

Con saludos cordiales

LECTORIUM ROSICRUCIANUM.

CARTA DE ORIENTACIÓN No. 4

En el frontispicio del Templo de los Misterios de Delfos, en Grecia, figuran estas palabras: «Conócete a ti mismo». En efecto, el conocimiento de sí mismo es esencial para cualquier persona que quiera restablecer la unión con la Naturaleza Original. Pero, ¿Qué conocimiento tiene el hombre de sí mismo?. Sin duda alguna la ciencia puede darnos muchas informaciones sobre nuestro cuerpo y sus órganos. Sin embargo, infinidad de preguntas quedan sin respuesta, sobre todo en lo referente a la finalidad de dicho cuerpo. En las explicaciones precedentes hemos esclarecido algunos elementos que permiten responder a estas dos preguntas:

¿De dónde viene el hombre?.

¿A dónde va después de la muerte?.

Desearíamos explicarles ahora que el hombre no sólo está compuesto de células materiales, sino que forma todo un sistema muy complejo, que sobrepasa ampliamente todo lo que la ciencia oficial puede imaginar.

Este sistema se compone de cuatro cuerpos, siendo el primero de ellos - el cuerpo material - el único conocido por todos nosotros. Los otros tres están compuestos por sustancias etéricas, más sutiles, y a causa de ello son invisibles para el común de los mortales. Esos otros tres cuerpos son:

1.- El cuerpo etérico, o cuerpo vital, llamado así porque vitaliza el cuerpo físico, y podemos decir que es su “doble”, ya que lo penetra por todas partes - al igual que el agua impregna una esponja -, sobresaliendo de él algunos centímetros.

2.- El cuerpo astral, o cuerpo de los deseos, llamado así porque es el centro de todas nuestras sensaciones y sentimientos (emociones; pasiones, deseos, temores, etc.); es un conjunto de fuerzas y corrientes en movimiento constante.

3.- El cuerpo mental, todavía en estado embrionario, que utiliza como instrumento al cerebro, y que puede ser reconocido por el clarividente gracias a la actividad luminosa que aparece a la altura de la cabeza.

El conjunto de estos cuatro cuerpos se baña en el campo aural o campo de respiración magnético, delimitado a su vez por la “lípika”. Esta última puede compararse con un firmamento estrellado. En efecto, en este pequeño cielo que nos rodea con sus centros luminosos, arden todas las luces

encendidas durante las vidas anteriores y estas luces representan la influencia del pasado, el karma. Son las fuerzas que determinan nuestros intereses y nuestras inclinaciones, pudiéndose explicar también por medio de este firmamento interior los diferentes destinos de los hombres. Debemos comprender que, en cierta medida, ese “libro de la vida” que es el karma, es escrito por el hombre mismo, y, por lo tanto, tenemos que ser conscientes de nuestra propia responsabilidad frente a nuestro destino.

“El hombre recoge lo que siembra” - dice la Biblia -. Es la ley del karma, la ley de causa-efecto. Todo lo que el hombre hace, trae consigo la correspondiente consecuencia, y es poco inteligente decir: “¡Qué me importa una próxima vida!. ¡Yo vivo mi vida y lo que viene después de mí no me interesa!”. Sólo el hombre que desconoce esta ley de causa-efecto puede hablar de esta forma.

Volviendo a los cuatro cuerpos, precisemos que cada uno de ellos está alimentado por una sustancia etérica diferente.

El cuerpo material utiliza el éter químico,

El cuerpo etérico utiliza el éter vital,

El cuerpo astral utiliza el éter luz,

Y el cuerpo mental utiliza el éter reflector.

El éter químico y el éter vital mantienen en forma y vitalizan el cuerpo físico. El éter-luz permite el funcionamiento de los órganos sensoriales, mientras que el éter reflector alimenta el pensamiento.

Estos cuerpos sutiles establecen un campo electromagnético alrededor del hombre (en la Escuela de la Rosacruz de Oro la palabra “electromagnético” hace referencia a un campo en el que continuamente se ejercen fuerzas de atracción y de repulsión). El hombre atrae lo que concuerda con el estado actual de su campo electromagnético, y rechaza lo que le es contrario.

¿Quién ha llegado a “tomar conciencia” de estas leyes?. ¿Quién es capaz de dominar sus consecuencias?. ¡Muy pocos hombres!. Por esto cometen actos contra su voluntad. A través de estas consideraciones vemos hasta qué punto el hombre es influido por lo invisible.

El mundo dialéctico está formado por “el aquí abajo” y “el más allá”. El más allá no está lejos de nosotros, se encuentra aquí mismo, coexiste con el aquí abajo. Sólo el nivel vibratorio diferencia a estos dos campos electromagnéticos que se compenetran.

Le hemos explicado que el sistema humano se compone de cuatro cuerpos. También nuestro planeta, la Tierra, además de su cuerpo material,

comprende una esfera etérica, una esfera astral y una esfera mental que, al igual que los cuatro cuerpos del hombre, se interpenetran mutuamente. El hombre está en estrecha relación con estos campos y con las fuerzas que reinan en ellos. No es insensible a la naturaleza y a la calidad de dichas fuerzas, pues actúan en él de la misma forma que él actúa en ellas. Los productos de las actividades humanas nos rodean constantemente.

Por sorprendente que pueda parecer, los pensamientos, sentimientos y deseos que formulan los hombres se proyectan en la atmósfera, donde se asocian según su categoría. Y de esta forma poseen un poder considerable sobre la vida de los hombres.

Cada vez que el hombre piensa y actúa, utiliza y libera éteres. Estos éteres contribuyen a reforzar la unión con las formas mentales en suspensión, presentes en la atmósfera. Los hombres no cesan de pensar. Para hacerlo necesitan éteres “reflectores”. Cuando experimentan sentimientos tales como el amor, el odio, la envidia, el dolor y todo el cortejo de angustias y temores, consumen “éteres-luz”, y luego los devuelven cada vez más contaminados a la atmósfera circundante.

Los sentimientos religiosos, y también cualquier forma de adoración a Dios, Cristo, Buda, etc., contribuyen igualmente al desarrollo de este proceso.

Acabamos de decir que cada hombre emite una radiación electromagnética. Por consiguiente, un grupo de individuos emite una radiación electromagnética global y ésta depende de las personas que lo componen. El hombre está rodeado por una multitud de fuerzas que le influyen continuamente. De esta forma vive y “es vivido” por el conjunto de las fuerzas electromagnéticas que le animan.

Cree actuar por sí mismo, pero de hecho su forma de vivir sólo es una reacción a las fuerzas circundantes que penetran en él. Pero como no percibe estas fuerzas, cree que no existen. ¿Podemos ver las ondas de la radio o de la televisión?. No, sólo sus repercusiones pueden ser percibidas. De la misma forma, las fuerzas sutiles se perciben únicamente por sus efectos. Piense hasta qué punto el ser humano es influido por los que le rodean, y hasta qué punto es moldeado por su medio ambiente.

Vivimos igual que en una prisión, y muchos, sobre todo los jóvenes, gritan: “¡libertad!”, sin conocer, sin embargo, sus pormenores. No saben que su grito sólo es la expresión de una conciencia emocional presente en la atmósfera. Pero puede suceder también que esta aspiración a la libertad provenga de lo más recóndito de su ser, del último vestigio de lo Divino.

Es una llamada a la liberación, a la liberación de la garra punzante de este mundo, es una nostalgia vibrante de un mundo mejor y diferente. Y sin embargo, los hombres buscan la liberación en el seno de este mundo por medio de una infinidad de ideas progresistas. Quieren ennoblecer este planeta y mejorarlo, aún cuando las Sagradas Escrituras proclaman claramente:

«¡Mi Reino no es de este mundo!».

Al hablar de “prisión”, se podría objetar quizás que el hombre tiene el privilegio de disponer de una voluntad libre. Se podría añadir que esta libertad pertenece al alma y que para ésta no hay prisión alguna. ¿No está destinada por naturaleza a unirse al Reino de Dios, como dicen los teólogos?.

Pero lo que comúnmente se designa por “alma”, es una manifestación de la conciencia regida por la calidad de la sangre y de las glándulas de secreción interna. Esta alma está en estrecha unión con el cuerpo material. La llamamos el alma sangre o el alma biológica. Ella es la que va al más allá una vez llegada la muerte, para volatilizarse en él después de cierto tiempo. En pocas palabras, esta alma es también mortal.

El Alma verdadera, la que puede acoger en sí al Espíritu y entrar en la Libertad, no nos es dada hecha. Debe renacer, y esto se lleva a cabo mediante las fuerzas del átomo-chispa de Espíritu.

Merced a esta Alma, renacida de Agua y de Espíritu, comienza un grandioso proceso de desarrollo, que conduce al restablecimiento del hombre divino original.

Dése cuenta claramente de la diferencia que existe entre estos dos conceptos del alma.

La primera alma está constituida por sus pensamientos, sus sentimientos y sus deseos, y ya sabe usted que estas actividades no son libres, sino fruto del karma.

Además esta alma por naturaleza es profundamente egocéntrica, y a causa de ello el hombre natural gira en un círculo cerrado, donde el pensar, el desear y el querer se engendran uno al otro al servicio de todas las codicias.

Por lo tanto, ¡Esta alma no posee en absoluto una voluntad libre!. Se trata ahora de llenar el abismo abierto entre el hombre y el Espíritu. ¿Cuál es el único medio?. El renacimiento del alma verdadera, única salida para restablecer la unión perdida con el mundo divino original.

La Escuela Espiritual de la Rosacruz de Oro, el **LECTORIUM ROSICRUCIANUM**, le indica el Camino y le da la posibilidad de restablecer esta unión.

No le ofrece solamente su enseñanza, su filosofía, la comprensión del camino que hay que seguir, indispensable para volver a encontrar el contacto íntimo con Dios, sino que le da también la **FUERZA** necesaria para seguir dicho camino; fuerza sin la cual cualquier filosofía resulta pura especulación.

Gracias a esta enseñanza y a esta fuerza usted podrá trabajar para la salvación del mundo y de la humanidad, según el Plan Divino.

Sin duda usted habrá comprendido, que la Fraternidad de la Rosacruz sólo puede ayudarle, en el camino de la auto-realización del verdadero objetivo de la vida, en la medida en que usted mismo lo desee ardientemente.

Con nuestros cordiales saludos

LECTORIUM ROSICRUCIANUM.

CARTA DE ORIENTACIÓN No. 5

Comencemos la última explicación de esta serie con una recapitulación de lo que habíamos escrito en las cartas precedentes.

1.- Todo, aquí abajo, está sometido a la ley del “subir, brillar y descender”. Nada eterno puede encontrarse en este mundo. Nuestra vocación, nuestra tarea es volver a la Morada del Padre, basándonos en el último vestigio divino que subsiste todavía en nosotros: el átomo-chispa de Espíritu.

2.- “Mi Reino no es de este mundo”. El conjunto del sistema humano se encuentra alternativamente a un lado o al otro del velo, es decir, en el más allá o en el aquí abajo. Después de la muerte el hombre llega al plano del más allá, y no al Reino de Dios como generalmente se cree. El hombre y el mundo consisten en una parte visible y una parte invisible. Sin embargo, no hay que querer situar al Reino de Dios en uno de estos dos aspectos, y de ningún modo en la parte invisible de nuestro campo de existencia, ya que este Reino se encuentra en otro lugar completamente diferente.

3.- Hemos definido igualmente la composición del conjunto del sistema humano con sus diversos cuerpos sutiles y sus fuerzas nutritivas, los éteres.

4.- Hemos intentado explicarle que el hombre dialéctico “es vivido”, según la ley de causalidad; que la libertad tan ardientemente deseada sólo es ilusoria, y que en él nunca podrá haber libre albedrío ni podrá dirigir su destino hacia la libertad. El hombre no se conoce tal como es en realidad. Ni siquiera es consciente de estar prisionero. Pensar, sentir, desear y querer nos mantienen a todos estrechamente cautivos. A la luz de estas consideraciones conviene añadir que el hombre atrae hacia sí lo que desea, volviéndose así el juguete de las fuerzas que ha invocado.

Todo hombre experimenta la imperiosa necesidad de realizar la obra de su vida y todo es puesto en acción para alcanzar este objetivo.

Cualquiera que sea la naturaleza de estos deseos, humanamente buenos o malos, vulgares o refinados, la respuesta será dada siempre de conformidad con dichos deseos. Todo esto podría inducirnos a decir: “Aspiro a Cristo, por lo tanto, mi deseo será colmado por El”. Reflexione honestamente sobre lo que entiende usted por “Cristo”. Puede ser que su aspiración sea parcialmente colmada, pero quizás no lo sea por las fuerzas crísticas puras y originales, cuya esencia es completamente diferente. Cristo y su Reino no pertenecen a

este orden natural, donde los deseos sólo proceden de la conciencia del yo y de la sangre. Y el yo y la sangre no pueden heredar el Reino de Dios.

Cuando dicha aspiración nace del yo, la respuesta sólo procede de las fuerzas horizontales de esta naturaleza. Si a alguien se le aparece Cristo, por ejemplo, esto indica sin lugar a dudas que está en unión con los planos sutiles del más allá.

¿Puede desenmascarar este engaño?. Invoca usted a Cristo, sin embargo, no puede alcanzarle ni recibirle, ya que usted no le conoce.

Así se explica la decepción de tantos hombres que han implorado a Dios sinceramente y para quienes las iglesias no han constituido una ayuda suficiente. Estos hombres no han comprendido verdaderamente que el Camino de Cristo sólo puede llevarse a cabo teniendo como base lo divino en nosotros, y que en primer lugar debe ser despertado este principio original.

Si tenemos la intención de seguir a Cristo, necesitamos una explicación del “Misterio del renacimiento de Agua y de Espíritu”.

Se trata de un renacimiento a partir de la Sustancia Divina Original y del Espíritu de Dios que lo engloba todo. Es la exigencia crística fundamental, y Pablo, el Gran Iniciado, nos habla de este misterio cuando dice:

«Muero todos los días».

Por esta muerte se sobrentiende la muerte del yo, de la que también habla el Buda. En la medida en que el yo disminuye, El, lo Original, lo Divino en nosotros se despierta a la vida. Si por el contrario permanecemos tal cual somos, el Otro, que está “más cerca de nosotros que los pies y las manos”, no podrá manifestarse. El regreso a la Morada del Padre será solamente ilusorio; no podrá haber Cristianismo ni Camino Crístico.

Este renacimiento de Agua y de Espíritu es un proceso de desarrollo que se efectúa al mismo tiempo que el ocaso de la conciencia del yo. Para llegar a una nueva conciencia, a la conciencia del Hombre-Alma, se necesita una transformación radical de la personalidad, la reconstrucción de un cuerpo-alma absolutamente nuevo, gracias a la adquisición de las cualidades del Alma nueva.

Sin embargo, el conocimiento del Camino es indispensable para dicha realización. Se trata de sondear nuestro propio estado de ser, ya que sin ello no podemos transformarnos conscientemente.

La aspiración a este conocimiento debe ser la consecuencia del deseo ardiente que surge del corazón por restablecer el contacto íntimo con Dios, la nostalgia de la Morada del Padre.

Al mismo tiempo que realiza esta doble condición, el candidato se esforzará por vencer a su yo, para finalmente destruirlo.

¡Debe llegar a **ESTAR EN** este mundo, pero ya no **SER DE** este mundo!.

El proceso que conduce de la conciencia del yo a la conciencia universal es un hecho real y lógico. Es el Camino de quienes son fuertes interiormente. Por lo tanto, es necesario recorrer el Camino que va de nuestra conciencia limitada a la conciencia ilimitada, la cual engloba, penetra y conoce todo; ésta es la omnisciencia que debe ser conquistada.

Acabamos de esbozar para usted de manera muy breve el Camino Universal. En sus manos está el tomar la decisión de intentar hacerse ahora una idea más profunda de este proceso; no sólo examinar ligeramente el conocimiento del yo, sino colocarse frente al Conocimiento Universal, ya que sólo él abre nuevas perspectivas.

Para llegar a este Conocimiento, tendrá que adquirir el discernimiento que le hará pasar progresivamente del estado de espectador y auditor al de participante.

Quien está privado de este conocimiento se detiene muchas veces en cosas poco importantes; busca los valores eternos allí donde no existen. De ahí su esfuerzo desesperado por alcanzar la seguridad en este mundo, sin llegar a pesar de ello a encontrarla. Muchas decepciones y conflictos trágicos nos esperan si no llegamos a comprender con el corazón que todo, absolutamente todo lo que es de este mundo, es efímero.

Todo sufrimiento humano procede de que el hombre se dedica intensamente a establecer la eternidad en el tiempo. Por esto se nos ha dicho: “Mas buscad primeramente el Reino de Dios y su Justicia, y todo os será dado por añadidura”. Estas palabras nos indican claramente qué conducta debemos seguir.

En vez de perder nuestro tiempo y nuestra energía en resolver nuestros incesantes problemas, se nos pide tomar la firme resolución de volver hacia el Reino de Dios, hacia lo Original. ¿Cómo podemos hacer esto?.

Adoptar ese nuevo comportamiento consiste en no responder más a los ruegos de este mundo, que está regido por la ley de los contrarios: el día y la noche, la luz y las tinieblas, el amor y el odio, lo bueno y lo malo; ya que estas parejas de aspectos pertenecen a este mundo. Se sobrentiende que el hombre fundamentalmente malo no busca lo Divino. Quien se esfuerza por ser bueno busca el ideal en este mundo; pero esto no es todavía lo Divino.

Solamente el hombre que está en este mundo, pero no forma parte de este mundo, establece en sí mismo un vacío en el que lo Divino puede vivir. En las religiones orientales este “no ser” se designa con el nombre de “nirvana”.

En este vacío pueden resonar las palabras del Cristo: “¿No sabéis que sois Templo de Dios?”.

Piense igualmente en la expulsión de los mercaderes del Templo. Mientras continuemos ocupándonos constantemente de las cosas de este mundo, permaneceremos insensibles a la Voz de Dios. Las influencias del exterior, nuestros deseos, nuestra voluntad, serán tan fuertes que la voz interior no podrá ser percibida.

Para recorrer el Camino liberador tenemos que imponer el silencio en nosotros, tenemos que hacer que las influencias exteriores, nuestros deseos y nuestras exigencias se callen. Y así podremos volver a establecer el contacto íntimo con Dios.

No obstante, este estado no puede obtenerse mediante el ascetismo o por entrenamientos especiales, pues éstos son llevados a cabo por la fuerza de nuestra voluntad.

Sólo podremos llegar hasta este estado, dejando de prestar atención a las sugerencias engañosas de este mundo, aprendiendo a distinguir lo real de lo irreal. Nunca podremos llegar a ello por medio de una exaltación mística o de un entrenamiento oculto; sólo son necesarios el conocimiento del yo y una profunda aspiración a lo Original. Debemos seguir el Camino que conduce de la preparación al conocimiento, de la contemplación a la penetración, de la vida a la experiencia.

¡El hombre está dispuesto a todo...! Idealista, levanta barricadas, expone su vida por una infinidad de pretendidos valores, está dispuesto a sacrificarse por cualquier cosa, incluso quiere creer en Dios... ¡Sí, aspira a El!. Pero si tiene que modificar su ser, por poco que sea, surgen toda clase de resistencias.

Reconozca, sin embargo, que si permanecemos tal como somos, el Reino de Dios, el País de la Verdadera Vida permanecerá cerrado para nosotros. Es absolutamente indispensable vencer a la conciencia dialéctica para que la Nueva Conciencia pueda ponerse en su lugar. Allí donde la Luz brilla, desaparecen las tinieblas. No se puede buscar al mismo tiempo los bienes de este mundo y acceder al Reino Divino.

La puerta de la Escuela de la Rosacruz de Oro se abrirá ampliamente para el que aspira a restablecer “la unión con Dios”. Ella le transmitirá la Enseñanza Universal pura.

La Escuela Espiritual de iniciación crística enseña el Camino que conduce a la libertad de la Vida en Dios, y da la fuerza que permite recorrer el camino de regreso hacia lo Original.

A usted le toca saber ahora si, con la ayuda de la Escuela de la Rosacruz de Oro, y respaldado por la Enseñanza Universal, quiere realizar las condiciones del regreso a la Morada Paterna, o si va a continuar coleccionando más experiencias dolorosas en esta vida.

Esperamos intensamente que le sea posible tomar ahora una decisión positiva para emprender el Camino de siempre.

Sus amigos del

LECTORIUM ROSICRUCIANUM.